

Miguel Ángel Sierra

Por encima de cualquier idea política, creo en la Democracia. Sin embargo, cada día aumenta mi perplejidad al ver como la “democracia” (esta vez con minúsculas y comillas) invade nuestra Universidad. Haciendo un poco de historia, el gobierno socialista de Felipe González cambió de forma irreversible la Universidad e introdujo la Democracia en el sistema universitario español. Y lo hicieron bien. Pero, como en otras muchas cosas, en este país las ideas que deberían servir para un cambio hacia mejor, se retuercen y se ajustan para mantener el statu quo. Y así pasó. Como dijo Graham Leicester, director del *International Futures Forum*, “trying to introduce change in University is like trying to move a cemetery: you can expect no much help from the people inside”. Y por dejar el cambio a las universidades, la ley socialista de Maraval que, sin ser perfecta, era un claro salto adelante, una apuesta por la independencia universitaria, la calidad y un bonito sueño de futuro, consiguió la autonomía universitaria, uno de sus objetivos más importantes, pero el resto quedó en eso: en un bonito sueño.

No voy a entrar en las reformas de la Ley de Reforma Universitaria y las siguientes contrarreformas hasta llegar a la actual reforma de la contrarreforma. Pero uno de los daños más serios al sistema universitario de estos últimos 30 años ha sido la implementación de la “democracia” en la gobernanza de las universidades españolas (del sistema de selección y promoción del personal docente e investigador en la universidad española hablaré, como decían Tip y Coll, mañana).

Me llamó la atención en su día la creación de los consejos de departamento, las juntas de facultad, los claustros, los consejos sociales. Tengo que reconocer que lo recibí con entusiasmo como demócrata, aunque con un cierto recelo. Después de unos años en la junta de facultad, pasé del recelo al escepticismo. Aquello (y hablo de los primeros años de la LRU) era una asamblea inoperante en la que sus miembros, electos o natos, expresaban



opiniones peregrinas y extemporáneas sobre todo lo divino y humano. Vamos que, menos tomar decisiones por el interés común, cualquier cosa. He asistido a guerras entre departamentos que empuñan a la guerra de Corea, a discusiones metafísicas sobre la idoneidad de la situación de los carteles indicando las salidas de incendio que harían feliz a cualquier filósofo clásico, y así sucesivamente. Luego me tocó ser miembro (primero electo y luego nato) del consejo de departamento. ¿Se puede dedicar una mañana entera a decidir si las aminas deben explicarse antes o después que los compuestos carbonílicos? Creedme: se puede. Y lo mejor de todo, con el personal auxiliar y de servicios y los alumnos con voz y voto. No he estado en un claustro, pero si aplicamos la regla de la suma, sin tener en cuenta la sinergia entre disciplinas, la cosa tiene que ser dantesca.

El sistema de gobierno universitario actual es simplemente inoperante. Puedo exponer varias razones, pero hay dos fundamentales. El Rector de una universidad es

electo y debe su permanencia en el cargo a su popularidad con los distintos sectores de la universidad. Hasta donde yo sé, nadie le exige responsabilidades por la calidad de su gestión. Trasládemos eso a las facultades y a los departamentos. Por ser breve, he asistido atónito a una votación en la que se negó a un grupo de investigación espacio para hacer su trabajo. El espacio por supuesto estaba vacío. Eso sí, la “democracia” prevaleció. El resultado de la gobernanza universitaria actual es un cúmulo de intereses personales, partidistas y sectarios (*the people inside*, en suma) que no solo han acabado con el sueño del legislador del 83 (debajo de los adoquines no había arena de playa, como dice la canción de Ismael Serrano) sino que también van a acabar con la propia Universidad.

La solución no puede consistir siempre en sacar a los investigadores de la Universidad y llevarlos a centros de excelencia (¿Quién va a enseñar a nuestros alumnos?). La creación de estos centros, junto al CSIC, es esencial para la investigación del país, pero no deben usarse para soslayar las carencias del sistema universitario. La solución pasa por exigir una gobernanza universitaria eficaz y apartada de intereses sectarios, junto a una rendición de cuen-

tas, no solo económicas sino de eficacia y calidad de la gestión realizada. Esto no implica, como pueden pensar algunos, un modelo empresarial o privado de gestión. No olvidemos en ningún momento que la Universidad pública está, por encima de todo, para garantizar la igualdad de oportunidades, la excelencia y el futuro de nuestros jóvenes, ofreciéndoles la mejor formación posible ¿Cómo hacerlo? Los modelos están ahí. Elijamos el sistema americano, el alemán, el inglés o el francés. Cualquiera de ellos es mejor que este despropósito sin sentido en el que estamos y que malinterpreta la Democracia para convertirla en “democracia”. Puede hacerse si los docentes universitarios dejamos de ser los cadáveres del cementerio. Seguro que, independientemente de nuestras ideas políticas, la mayor parte de nosotros creemos que, aunque esté sucia la plaza y todavía tenga que llover, debajo de los adoquines todavía queda arena de playa.

Gracias por leer.

MIGUEL Á. SIERRA
Editor General de *Anales de Química*



8-11 Noviembre 2016

XIII Simposio de Investigadores Jóvenes
Real Sociedad Española de Química - Sigma Aldrich*